

843  
H.

PQ 2285  
73  
D. 56



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

# VÍCTOR HUGO

## DISCURSO

DE RECEPCION EN LA ACADEMIA

2 de Junio de 1841

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apto. 1325 MONTERREY, MEXICO

SEÑORES:

Al principio de este siglo ofrecía la Francia á las demás naciones un magnífico espectáculo. Un hombre la llenaba entonces, y tan grande la hacía que ella á su vez llenaba á Europa. Aquel hombre, salido de la sombra, hijo de un pobre noble corso, producto de dos repúblicas, de la república de Florencia por su familia y de la república francesa por sí mismo, llegó en pocos años al reinado más grande que tal vez la Historia admiró jamás. Fué Príncipe por el génio, por el destino y por los hechos. Todo hacía ver en él al legítimo poseedor de un poder providencial. Reunió en sí las tres condiciones supremas: el éxito, la aclamacion y la consagracion. Engendrado por una revolucion, le aclamó un pueblo y le coronó un Pa-

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

pa. Reyes y generales, señalados á su vez por la fatalidad, reconocieron en él, con el instinto que les daba su sombrío y misterioso porvenir, al elegido del destino. Era el hombre á quien Alejandro de Rusia, que debía perecer en Taganroc, había dicho: *Sois el predestinado del cielo*; al que Kleber, que debía morir en Egipto, dijo: *Sois grande como el mundo*; al que Desaix, caído en Marengo, dijo: *Yo soy el soldado y vos sois el general*; al que Valhubert, moribundo en Austerlitz, dijo: *Yo voy á morir, pero vos vais á reinar*. Su fama militar fué inmensa, sus conquistas fueron colosales.

Cada año empujaba las fronteras de su Imperio aún más allá de los majestuosos y necesarios límites que Dios diera á la Francia. Borró los Alpes como Carlomagno y los Pirineos como Luis XIV; atravesó el Rhin como César y estuvo próximo á cruzar la Mancha como Guillermo el Conquistador. Bajo aquel hombre tuvo Francia ciento treinta departamentos; por un lado llegaba hasta las bocas del Elba; por el otro alcanzaba el Tiber. Fué el Soberano de cuarenta y cuatro millones de franceses y el protector de cien millones de europeos. En la atrevida composicion de sus fronteras empleó como materiales dos grandes ducados soberanos: la Saboya y la Toscana, y cinco antiguas repúblicas: Génova, los Estados romanos, los Estados venecianos, la Valaca y las Provincias Unidas. Construyó su Estado en el centro de Europa como una ciudadela, dándola por bastiones y obras avanzadas diez Monarquías, á las que dió entrada á la vez en su Impe-

rio y en su familia. De todos los niños, primos y hermanos suyos que con él habían jugado en el patio de la casa natal de Ajaccio, hizo testas coronadas. Casó á su hijo adoptivo con una princesa de Baviera, y á su hermano menor con una princesa de Wurtemberg. En cuanto á él, despues de haber quitado al Austria el Imperio aleman, que casi se abrogó bajo el nombre de Confederacion del Rhin, despues de haberle arrancado el Tirol para unirlo á la Baviera, y la Iliria para unirla á Francia, se dignó casarse con una Archiduquesa. Todo en aquel hombre fué colosal y espléndido. Se alzaba sobre Europa cual vision extraordinaria. Una vez se le vió enmedio de catorce personas soberanas, sagradas y coronadas, sentado entre el César y el Czar, sobre un sitio más elevado que el de ellos. Un día dió á Talma el espectáculo de un auditorio de Reyes. En el alba todavía de su poderío, nació en su fantasía la de idea de llegar al nombre de Borbon en un rincón Italia y engrandecerlo á su manera; de Luis, Duque de Parma, hizo un rey de Etruria. Por la misma época aprovechó una tregua, poderosamente impuesta por su influencia y por sus armas, para arrancar á los reyes de la Gran Bretaña aquel título de *Rey de Francia*, que habían usurpado durante cuatrocientos años; y de tal modo y tan bien se lo arrancó, que no se han atrevido despues á recogerlo. La Revolucion había borrado las flores de lis del escudo de Francia; él las arrancó tambien, pero del blason de Inglaterra, encontrando así el modo de hacerles honor, de la misma manera que se les ha-

bía hecho la afrenta. Por decreto imperial dividía la Prusia en cuatro departamentos, bloqueaba las Islas Británicas, declaraba á Amsterdam tercera ciudad del Imperio — Roma era sólo la segunda—ó bien afirmaba al mundo que la Casa de Braganza había concluido de reinar. Cuando atravesó el Rhin, los Electores de Alemania, aquellos hombres que habían hecho Emperadores, le salieron al encuentro hasta sus fronteras, con la esperanza de que tal vez los haría Reyes. Falto de heredero y buscando un amo, el antiguo reino de Gustavo Wasa le pidió para Príncipe uno de sus mariscales. El sucesor de Carlos V, el biznieto de Luis XIV, el rey de España y las Indias, le pedía por mujer una de sus hermanas. Era comprendido, adivinado y adorado por sus soldados, granaderos veteranos, familiarizados con su Emperador y con la muerte. Al día siguiente de las batallas tenía con ellos esos grandes diálogos que comentan de un modo soberbio las grandes acciones y trasforman la historia en epopeya. Había en su poder, como en su majestad, algo sencillo, brusco y formidable. No tenía, como los Emperadores de Oriente, al Dux de Venecia para gran copero, ó como los Emperadores de Alemania, al Duque de Baviera para gran escudero; pero sucedió muchas veces que arrestó al Rey que mandaba su caballería. En el intervalo de dos guerras abría canales, hacía caminos, dotaba los teatros, enriquecía las Academias, provocaba descubrimientos, fundaba grandiosos monumentos, ó bien redactaba Códigos en un salon de las Tullerías

y discutía con sus consejeros de Estado hasta que conseguía sustituir, en algun texto de la ley, la razon suprema y sencilla del génio á las rutinas de procedimiento. En fin, último rasgo que á mi juicio completa la singular configuracion de aquella grande gloria: penetró tan dentro de la Historia por sus acciones, que pudo decir y dijo: *Mi predecesor el emperador Carlomagno*; y de tal manera se mezcló con la Monarquía por sus alianzas, que pudo decir y dijo: *Mi tio el rey Luis XVI*.

Aquel hombre fué prodigioso. Su fortuna, señores, sobrepujó á todo. Segun acabo de recordarlo, solicitaban su amistad los Príncipes más ilustres, las más antiguas razas reales buscaban su alianza, los gentiles hombres más antiguos solicitaban su servicio. No hubo una cabeza, por alta y orgullosa que estuviese, que no saludase aquella frente sobre la cual la mano casi visible de Dios había puesto dos coronas: una hecha de oro, que se llama Trono, otra hecha de luz, que se llama génio. Todo en el continente se inclinaba ante Napoleon, todo—excepto seis poetas, señores—permitidme decirlo y enorgullecerme en este recinto—excepto seis pensadores, que eran los solos que permanecían de pie enmedio del universo arrodillado, y cuyos gloriosos nombres me apresuro á pronunciar ante vosotros; hélos aquí: DUCIS, DELILLE, MADAME DE STAEL, BENJAMIN CONSTANT, CHATEAUBRIAND, LEMERCIER.

¿Qué significaba esta resistencia? Enmedio de aquella Francia que tenía la victoria, la fuerza, el poder, el imperio, la dominacion, el esplendor;

enmedio de aquella Europa deslumbrada y vencida, que casi se había hecho francesa, puesto que participaba del esplendor de la Francia, ¿qué representaban aquellas seis inteligencias sublevadas contra un génio, aquellas seis celebridades indignadas contra una gloria, aquellos seis poetas irritados contra un héroe? Representaban, señores, en Europa, lo único que á Europa entónces le faltaba: la independencia; representaban en Francia lo único que á Francia le faltaba entónces: la libertad.

¡No quiera Dios que yo pretenda condenar aquí los espíritus que ménos severos rodeaban entónces con sus aclamaciones al señor del mundo! Aquel hombre, despues de haber sido la estrella de una nacion, llegó á ser su sol. Podíase sin cometer un crimen dejarse deslumbrar por él. Era tal vez más difícil de lo que se cree, para el individuo á quien Napoleon quería ganar, defender su terreno contra aquel irresistible invasor que poseía el arte de subyugar un pueblo y sabía tambien el gran arte de seducir á un hombre. ¿Quién soy yo, por otra parte, para abrogarme este derecho de suprema crítica? ¿Cuál es mi título? ¿Acaso no tengo necesidad más bien yo mismo de benevolencia é indulgencia, en el momento en que entro en esta corporacion, conmovido á la vez por todo género de emociones, orgulloso de los sufragios que me han elegido, feliz por las simpatías que me acogen, turbado ante auditorio tan imponente y encantador, triste por la gran pérdida que habeis sufrido y de la que no me será dable consolaros, confuso, en fin, de ser tan poca cosa en este

venerable asilo que llenan á la vez con su brillo sereno y fraternal muertos augustos é ilustres vivos? Y además, para expresar mi pensamiento completo, declaro que no reconozco en ningun caso á las nuevas generaciones el derecho de rigurosa condena hácia nuestros antepasados y nuestros mayores. Quien no ha luchado, ¿habrá de tener derecho á juzgar? Debemos acordarnos que éramos entónces niños y que la vida era para nosotros ligera é indiferente, cuando tan grave y laboriosa era para los otros. Llegamos despues que nuestros padres; ellos están cansados; seamos respetuosos. Aprovechemos á la vez las grandes ideas que han luchado y las grandes cosas que han prevalecido. Seamos justos hácia todos, lo mismo hácia los que aceptaron al Emperador por amo que hácia aquellos que lo aceptaron por adversario. Comprendamos el entusiasmo y admiremos la resistencia. Uno y otra fueron legítimos.

Sin embargo, señores, repitémoslo: la resistencia no sólo era legítima, era tambien gloriosa.

Y esa resistencia afligía al Emperador. El hombre que, como él dijo más tarde en Santa Elena, *hubiera hecho senador á Pascal y á Corneille ministro*, ese hombre, señores, tenía demasiada grandeza en sí mismo para comprender la grandeza en otro. Una inteligencia vulgar apoyada en el poder, hubiera desdeñado tal vez aquella rebelion del talento; á Napoleon le preocupaba. Conocía que él mismo era demasiado histórico para que la Historia no le preocupase; se consideraba demasiado poético para no pensar en los poetas. Preciso es reconocer-

lo muy alto: aquel oficial de artillería que ganó á la jóven República francesa la batalla del 18 de Brumario, y á las antiguas monarquías europeas la batalla de Austerlitz, era un verdadero Príncipe. Era un vencedor, y como todos los vencedores, amigo de las letras. Napoleon tenía todos los gustos y todos los instintos del Trono, de distinto modo, sin duda, que Luis XIV, pero tanto como él. Había mucho del gran Rey en el gran Emperador. Ligar la literatura á su cetro, fué una de sus primeras ambiciones. No le bastaba haber enfrenado las pasiones populares: hubiera querido someter á Benjamin Constant; no le bastaba haber vencido 30 ejércitos: hubiera querido vencer á Lemercier; no le bastaba haber conquistado 10 reinos, hubiera querido conquistar á Chateaubriand.

Y no sólo, señores, al juzgar al primer Cónsul ó al Emperador, cada cual bajo la influencia de sus simpatías particulares, todos están conformes en cuanto á lo que de generoso, extraño é ilustre tenía Napoleon, sino que, según ellos, el político eclipsaba al general, el héroe tenía mezcla de tirano, el Scipion iba unido al Cromwell; la mitad de su vida lanzaba quejas amargas contra la otra mitad. Bona parte hizo llevar á las banderas de su ejército el luto de Washington, pero no imitó á Washington. Nombró á La Tour d'Auvergne primer granadero de la República, pero abolió la República. Dió por sepulcro al gran Turena las bóvedas de los Inválidos, pero dió para tumba al nieto del gran Condé el foso de Vincennes.

Apesar de su orgullosa y noble actitud, el Emperador no titubeó ante ningun medio. Embajadas, dotaciones, altos grados de la Legion de Honor, el Senado, todo les ofreció: hagámoslo constar para gloria del Emperador; y para gloria de aquellos nobles refractarios, hagamos constar tambien que todo lo rechazaron.

Despues de los halagos, lo digo con sentimiento, vinieron las persecuciones. Ninguno cedió. Gracias á aquellos seis talentos, gracias á aquellos seis caracteres bajo aquel reinado que suprimió tantas libertades y humilló tantas Coronas, la dignidad real del pensamiento libre se conservó.

Y no sólo sucedió esto, señores, sino que prestaron un servicio á la humanidad, pues que no sólo opusieron resistencia al despotismo, sino tambien á la guerra. Pero que no se interprete mal el sentido y la intencion de mis palabras: yo soy de aquellos que creen que la guerra es buena muchas veces. Bajo ese punto de vista superior, desde el cual se ve toda la Historia como un solo grupo, y toda la Filosofía como una sola idea, las batallas no son llagas hechas al género humano, como los surcos no son llagas hechas á la tierra. Desde hace 5.000 años, todas las cosechas empiezan con el arado y todas las civilizaciones con la guerra. Pero cuando la guerra tiende á dominar; cuando se convierte en estado normal de una nacion; cuando pasa, por decirlo así, al estado crónico; cuando, por ejemplo, se presencian 13 guerras en 14 años, entónces, señores, por magníficos que sean los resultados ul-

teriores, llega un momento en que la humanidad padece. El lado delicado de las costumbres se gasta y empequeñece al roce de las ideas brutales; el sable llega á ser la única herramienta de la sociedad; la fuerza se forja un derecho propio; el divino resplandor de la buena fé, que debe siempre iluminar la faz de las naciones, se eclipsa á cada momento entre la sombra en que se elaboran los tratados y repartos de reinos; el Comercio, la Industria, el radiante desarrollo de las inteligencias, toda la actividad pacífica desaparece; la sociabilidad humana pelagra. En tales momentos, señores, conviene que se alce imponente reclamacion; es sublime que la inteligencia eche atrevidamente en cara sus hechos á la fuerza; es hermoso que, en presencia misma de su victoria y su poder, hagan observaciones los pensadores á los héroes; y que los poetas, esos serenos civilizadores, pacientes y pacíficos, protesten contra los conquistadores, esos civilizadores violentos.

Entre esos ilustres protestantes hubo un hombre al que Bonaparte amó, y al cual hubiera podido decir, cual otro dictador á otro republicano: *Tu quoque!* Aquel hombre, señores, era M. Lemercier. Probo por naturaleza, reservado y sóbrio; inteligencia recta y lógica; imaginacion exacta, y por decirlo así, algebraica hasta en sus fantasias; nacido noble, pero sin creer más que en la aristocracia del talento; nacido rico, pero con la ciencia de ser noblemente pobre; modesto, pero con altiva modestia; dulce, pero teniendo en su dulzura un no sé qué de obstinado, silencioso é in-

flexible; austero en las cosas públicas, difícil de arrastrar, ofuscado con lo que á los demás deslumbraba, M. Lemercier, detalle notable en un hombre que tanta parte de su pensamiento había dedicado á las teorías, M. Lemercier había formado su opinion política tan sólo con los hechos. Y aún éstos los veía á su manera. Era una de esas inteligencias que conceden mayor atencion á las causas que á los efectos, y que de buena gana harían la crítica de una planta en su raíz y la de un rio en su nacimiento. Receloso y siempre dispuesto á indignarse, lleno de secreto ódio y valiente contra todo lo que tendiese á dominar, parecía haber puesto tanto amor propio en mantenerse siempre muchos años á la zaga de los acontecimientos, como ponen otros en precipitarse delante de ellos. En 1789 era realista, ó como entónces se decía, *monarquista* de 1785; en 93 se hizo, segun sus propias palabras, liberal del 89; en 1804, en el momento en que Bonaparte se consideró maduro para el Imperio, Lemercier se consideró maduro para la República.

Como veis, señores, su opinion política, desdeñosa con lo que consideraba el capricho del dia, estaba siempre conforme á la moda del año anterior.

Permitidme algunos detalles acerca del medio en que trascurrió la juventud de M. Lemercier. Sólo explorando los comienzos de una vida es como se puede estudiar la formacion de un carácter. Cuando se quiere conocer á fondo á los hombres que di-

funden la luz, no es ménos necesario ilustrarse acerca de sus caractéres que de sus génios. El génio es la antorcha que ilumina el exterior : el carácter es la lámpara que alumbrá el interior.

En 1793, en medio de lo más fuerte del terror, M. Lemercier, muy jóven todavía, asistía con notable asiduidad á las sesiones de la Convencion nacional. Había allí motivos de contemplacion sombría, lúgubre, espantosa, pero sublime. Seamos justos, hoy podemos decirlo sin peligro; seamos justos hácia las augustas y terribles cosas que han pasado sobre la civilizacion humana, y que ya no se repetirán. Es, en mi sentir, de providencial voluntad que la Francia tenga siempre en su cabeza alguna cosa grande. Bajo los antiguos Reyes era un principio, bajo el Imperio fué un hombre, durante la Revolucion una Asamblea. Asamblea que rompió el Trono, que salvó al país, que tuvo un duelo con la Monarquía como Cromwell, y un duelo con el universo como Anibal; que tuvo á la vez génio como un pueblo entero, y génio como un solo hombre; en una palabra, que cometió atentados é hizo prodigios, á la que podremos detestar, á la que podremos maldecir, pero á la que debemos admirar.

Reconozcamos, sin embargo, que en aquel tiempo se produjo en Francia una disminucion de luz moral, y, como consecuencia—hagámoslo notar, señores— una disminucion de luz intelectual. Esa especie de media luz ó media oscuridad que se asemeja á la caída de la noche y que se extiende sobre ciertas épocas, es necesaria para que la Providen-

cia pueda, en interés ulterior del género humano, realizar en las viejas sociedades esas espantosas conmociones que, si por los hombres se cometiesen, serian crímenes, pero que viniendo de Dios se llaman revoluciones.

Esa sombra es la sombra misma que produce la mano del Señor cuando se posa sobre un pueblo.

Como acabo de indicar, el 93 no fué la época de esas grandes individualidades que su propio génio aísla. Parece en esos momentos que la Providencia, encontrando al hombre demasiado pequeño para lo que quiere hacer, le relega para el segundo término y entra en escena ella misma. En efecto, de tres gigantes que en el 93 hicieron de la revolucion francesa, el primero un hecho social, el segundo un hecho geográfico, el último un hecho europeo, el uno, Mirabeau, había muerto; el otro, Sieyes, se había eclipsado, *conseguía vivir*, como aquel grande hombre dijo cobardemente más tarde; el tercero, Bonaparte, todavía no había nacido á la vida histórica. Dejando entre la sombra á Sieyes y exceptuando tal vez á Danton, no había en la Convencion hombres de primer orden, ni grandes inteligencias; pero había grandes pasiones, grandes luchas, grandes relámpagos, grandes tormentas. Aquello bastaba seguramente para deslumbrar al pueblo, formidable espectador inclinado sobre la fatal Asamblea. Unid á esto que en aquella época cada día era una jornada; que las cosas se sucedían tan de prisa; que la Europa y la Francia, París y la frontera, el campo de batalla y la plaza pública ofrecían aventuras tantas; que todo

se desarrollaba con tal rapidez que en la tribuna de la Convencion nacional el acontecimiento crecía, por decirlo así, bajo el orador á medida que hablaba, y al mismo tiempo que le producía vértigo le comunicaba su grandeza. Y además, como París y como la Francia, la Convencion se movía en medio de aquella claridad crepuscular de fines del siglo, que comunicaba sombras inmensas á los hombres más pequeños, prestaba contornos indefinidos y gigantescos á las más raquílicas figuras, y que en la Historia misma extiende sobre aquella formidable Asamblea un no sé qué de siniestro y sobrenatural.

Esas monstruosas reuniones de hombres han fascinado frecuentemente á los poetas, como la hidra fascina al pájaro. El Parlamento Largo absorbió á Milton; la Convencion atrajo á Lemercier. Más tarde, los dos iluminaron el interior de una sombría epopeya con no sé qué vaga reverberacion de aquellos dos pandemoniums. En *El Paraíso perdido* se siente á Cromwell, y el 93 palpita en *La Panhypo-crisiade*. La Convencion, para el joven Lemercier, era la Revolucion convertida en vision y reunida toda entera bajo su mirada. Todos los dias iba allí, como dijo admirablemente, á ver *poner las leyes fuera de la ley*. Todas las mañanas llegaba al abrirse la sesion y se sentaba en la tribuna pública, entre aquellas extrañas mujeres que mezclaban no sé qué tarea doméstica con los espectáculos más terribles, y á las que la Historia conservará su repugnante mote de *calceteras*. Aquellas mujeres le conocían, le esperaban y le guardaban su sitio. Había en su ju-

ventud, en el desórden de sus vestidos, en su espantada atencion, en su ansiedad durante las discusiones, en la profunda fijeza de su mirada, en las entrecortadas palabras que á cada momento se le escapaban, algo tan singular para ellas que le creían privado de razon. Un dia que llegó más tarde que acostumbraba, oyó á una de aquellas mujeres decir á otra: *No te pongas ahí, que es el sitio del idiota*.

Cuatro años despues, en 1797, el idiota daba á Francia *Agamenon*.

¿Acaso, por casualidad, aquella Asamblea inspiraría al poeta aquella tragedia? ¿Qué hay de comun entre Egisto y Danton, entre Argos y París, entre la barbárie homérica y la desmoralizacion volteriana? ¿Extraña idea presentar como espejo, á los atentados de una civilizacion decrepita y corrompida, los cándidos y sencillos crímenes de una época primitiva, haciendo vagar, por decirlo así, á algunos pasos de los cadalsos de la Revolucion francesa los grandiosos espectros de la tragedia griega, confrontando con el moderno regicidio, tal como lo consuman las pasiones populares, el regicidio antiguo, tal como lo llevaban á cabo las pasiones domésticas! Lo confesaré, señores; al pensar en aquella notable época del talento de M. Lemercier, he buscado frecuentemente la relacion que podría existir entre las discusiones de la Convencion y las querellas de los Atridas, entre lo que él veía y lo que soñaba, y cuando más, he encontrado alguna armonía. ¿Por qué misteriosa trasformacion del pensamiento en el cerebro nació así *Agamenon*? Este



es sin duda uno de esos sombríos caprichos de la inspiracion, cuyo secreto sólo los poetas tienen. Sea de ello lo que quiera, *Agamenon* es, sin contradiccion, una de las más bellas tragedias de nuestro teatro, por el espanto y la piedad á la vez, por la sencillez del elemento trágico, por la gravedad austera del estilo. Ese severo poema tiene verdadero perfil griego. Se siente al estudiarlo la época en que David dió colorido á los bajo relieves de Atenas, y en que Talma les dió palabra y movimiento. Se siente algo más que la época: se siente al hombre. Se adivina al poeta que ha sufrido al escribirlo. En efecto, toda esa gran obra está envuelta en una profunda melancolía, está mezclada con no sé qué terror casi revolucionario. Examinadla—lo merece, señores—ved su conjunto y sus detalles: Agamenon y Strophus, la galera que arriba al puerto, las aclamaciones del pueblo, el heroico tutearse de los Reyes. Contemplad, sobre todo, á Clitemnestra, la pálida y sangrienta figura, la adúltera consagrada al parricidio, que mira á su lado sin comprenderlos, y ¡cosa horrible! sin que la espanten, á la cautiva Casandra y al pequeño Orestes, dos seres en la apariencia débiles, en realidad formidables. El porvenir habla en el uno y vive en la otra. Casandra es la amenaza bajo la forma de una esclava; Orestes es el castigo bajo las facciones de un niño.

Segun acabo de decir, á la edad en que todavía no se sufre y en que apenas se medita, M. Lemerrier sufrió y creó. Dedicado á componer su pensa-

miento, curioso con esa curiosidad profunda que atrae las inteligencias valientes hácia los espectáculos espantosos, aproximóse cuanto pudo á la Convencion, es decir, á la Revolucion. Inclínose sobre la hornalla cuando todavía hervía la estatua del porvenir, y vió flamear y rugir, como la lava en el cráter, los grandes principios revolucionarios, ese bronce con que están hechas hoy dia todas las bases de nuestras ideas, de nuestras libertades y de nuestras leyes. La futura civilizacion era entonces el secreto de la Providencia: M. Lemerrier no intentó adivinarlo. Se limitó á recibir en silencio, con estoica resignacion, el golpe de rechazo de todas las calamidades. Cosa digna de atencion, y sobre la cual no puedo dejar de insistir: tan jóven, tan oscuro, tan desconocido todavía, perdido entre aquella muchedumbre que durante el terror contemplaba los acontecimientos, y los veía pasar conducidos por el verdugo, vióse herido en sus más íntimas afecciones por las catástrofes públicas. Vasallo consagrado y casi servidor personal de Luis XVI, vió pasar el fiacre del 21 de Enero; ahijado de Mad. de Lamballe, vió pasar la pica del 2 de Setiembre; amigo de Andrés Chenier, vió pasar la carreta del 7 de Thermidor. De este modo, á los 20 años, había visto decapitar, en los tres seres más sagrados para él despues de su padre, las tres cosas más resplandecientes de este mundo despues de Dios: la Monarquía, la hermosura y el génio.

Cuando se han sufrido tales impresiones, los

X  
espíritus débiles y tiernos viven tristes toda su vida; los espíritus firmes y elevados permanecen serios. M. Lemercier aceptó, pues, la vida con gravedad. El 9 Thermidor abrió para Francia aquella nueva era, que es la segunda fase de toda revolución. Después de haber visto disolverse la sociedad, M. Lemercier la vió reformarse. Hizo la vida mundana y literaria. Estudió y compartió, sonriendo á veces, las costumbres de aquella época del Directorio, que es, después de Robespierre, lo que la Regencia después de Luis XIV; el alegre tumulto de una nación inteligente escapada del fastidio ó del miedo; la gracia, la alegría y la licencia protestando, en medio de una orgía, contra la tristeza de un despotismo devoto y contra el embrutecimiento de una tiranía puritana. M. Lemercier, célebre entonces por el éxito de *Agamenon*, buscó á todos los hombres escogidos de aquel tiempo y fué buscado por ellos. Conoció á Ecouchard-Lebrun en casa de Ducis, como había conocido en casa de Mad. Pourrat á Andrés Chenier. Lebrun le quiso tanto que no hizo contra él ni un solo epigrama. El duque de Fitz-James y el príncipe de Talleyrand, Mad. de Lameth y M. de Florian, la duquesa de Aiguillon y Mad. Tallien, Bernardino de Saint-Pierre y Mad. de Staël, le festejaron y acogieron. Beaumarchais quiso ser su editor, como 20 años después Dupuytren quiso ser su profesor. Colocado ya á demasiada altura para descender á las exclusiones de partidos, viviendo al igual entre todo lo que era superior, llegó á ser á la

vez amigo de David, que había juzgado al Rey, y de Delille, que le había llorado. Así fué cómo en aquellos años, con aquel cambio de ideas de naturaleza tan diversa, con la contemplación de las costumbres y la observación de los individuos, nacieron y se desarrollaron en M. Lemercier, para hacer frente á todos los casos de la vida, dos hombres—dos hombres libres—un hombre político independiente y un hombre literato original.

Un poco antes de esta época conoció al oficial de fortuna que más tarde debía suceder al Directorio. Sus vidas siguieron el mismo camino durante algunos años. Los dos vivían oscurecidos. El uno estaba arruinado, el otro era pobre. Se le reprochaba al uno su primera tragedia como ensayo de estudiante, y al otro su primera acción como hazaña de jacobino. Sus dos famas empezaron al mismo tiempo con un apodo. Llamaban al uno *M. Mercier-Méléagre*, á la vez que al otro el *General Vendimiario*. ¡Extraña ley, que hace que en Francia se ensañe por un momento el ridículo en todos los hombres superiores! Cuando Mad. de Beauharnais pensó en casarse con el protegido de Barrás, consultó á M. Lemercier sobre aquel matrimonio desigual. M. Lemercier, que se interesaba por el joven artillero de Tolon, se lo aconsejó. Después ambos á dos, el hombre de letras y el hombre de guerra, se engrandecieron casi paralelamente. Al mismo tiempo alcanzaron sus primeras victorias. M. Lemercier hizo representar *Agamenon* en el año de Arcole y de Lodi, y *Pinto* en el año de Marengo. Antes de

Marengo sus relaciones eran ya estrechas. El salon de la calle Chantereine había visto á M. Lemercier leer su tragedia egipcia de *Ophis* al general en jefe del ejército de Egipto; Kléber y Dessaix escuchaban sentados en un rincon. Bajo el Consulado, los lazos se convirtieron en amistad. En Malmaison, el primer Cónsul, con aquella infantil alegría propia de los verdaderos grandes hombres, entraba bruscamente por la noche en el cuarto donde el poeta velaba y se divertía en apagarle la bujía, echando despues á correr riendo á carcajadas. Josefina confió á M. Lemercier su proyecto de casamiento; el primer Cónsul le confió su proyecto de Imperio. Aquel dia M. Lemercier comprendió que perdía un amigo. No quiso amo. No se renuncia fácilmente á la igualdad con semejantes hombres. El poeta se alejó dignamente. Puede decirse que fué el último que en Francia tuteó á Napoleon. El 14 de Floreal, año XII, el dia mismo en que el Senado daba por vez primera al elegido de la nacion el título imperial, *Señor*, M. Lemercier, en carta memorable, le llamaba todavía familiarmente con aquel gran nombre: ¡ *Bonaparte!*

Aquella amistad, á la que sucedió la lucha, honraba á uno y á otro. El poeta no era indigno del capitán. M. Lemercier tenía un hermoso y raro talento. Con más razon que nunca puede decirse hoy que el edificio construido por aquella inteligencia ha recibido la fatal y última piedra que la mano de Dios coloca siempre sobre todos los trabajos del hombre. No esperareis seguramente, señores, que examine

aquí página por página esa inmensa y múltiple obra, que, como la de Voltaire, lo abraza todo, la oda, la epístola, el apólogo, la cancion, la parodia, la novela, el drama, la historia y el folleto, la prosa y el verso, la traduccion y la invencion, la enseñanza política, la enseñanza filosófica y la enseñanza literaria: vasto conjunto de volúmenes y folletos coronados majestuosamente por 10 poemas, 12 comedias y 14 tragedias; rica y fantástica arquitectura, tenebrosa á veces, á veces tambien vivamente iluminada, bajo cuyas arcadas aparecen extrañamente mezclados, enmedio de un singular claro-oscuro, todos los imponentes fantasmas de la Fábula, de la Biblia y de la Historia: Atrides, Ismael, el levita Ephraim, Licurgo, Camila, Clovis, Carlomagno, Baudouin, San Luis, Carlos VI, Ricardo III, Richelieu, Bonaparte, dominados todos ellos por esos cuatro colosos simbólicos, esculpidos sobre el fronton de la obra, Moisés, Alejandro, Homero y Newton; es decir, por la legislacion, la guerra, la poesia y la ciencia. Ese grupo de figuras é ideas que en su inteligencia tenía el poeta y que colocó ámpliamente en nuestra literatura, ese grupo, señores, está lleno de grandeza.

Y despues de haber trazado la principal línea de la obra, permitid que señale algunos detalles salientes y característicos; aquella comedia de la revolucion portuguesa, tan viva, tan espiritual, tan irónica y tan profunda; ese *Plauto* que se diferencia del *Harpagon* de Molière en que, como ingeniosamente lo ha dicho su mismo autor, *el objeto*

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MEXICO  
BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE LETRAS  
"ALFONSO REYES"  
1825 MONTEREY, MEXICO

*de Molière es un avaro que pierde un tesoro: mi objeto es Plauto, que encuentra un avaro; ese Cristóbal Colon, en el que la unidad de lugar es tan rigurosamente observada, pues que la accion pasa sobre el puente de un navío, y á la vez violada con tanta audacia, pues que ese navío — casi he dicho ese drama — va desde el antiguo al nuevo mundo; aquella *Fredegunda*, concebida cual un sueño de Crebillon y cual un pensamiento de Corneille ejecutada; aquella *Atlanta* penetrada por un vivo rayo de la naturaleza, por más que tal vez haya sido interpretada más bien segun la ciencia que segun la poesía; y, en fin, ese último poema, el hombre dado por Dios en espectáculo á los demonios, esa *Panhypocrisiade*, que es á la vez una epopeya, una comedia y una sátira, especie de quimera literaria, especie de mónstruo con tres cabezas que canta, rie y ladra.*

Despues de haber atravesado por todos esos libros, despues de haber subido y bajado la doble escala construida por él mismo, tal vez por él solo, con ayuda de la cual aquel pensador se sumergia en el infierno ó penetraba en el cielo, es imposible, señores, no sentir en el corazon una sincera simpatía hácia aquella noble y laboriosa inteligencia que, sin chocar, ha ensayado valientemente tantas ideas ante ese soberbio gusto francés, tan difícil de satisfacer; filósofo segun Voltaire, poeta á veces segun Shakespeare, escritor precursor que dedicaba epopeyas á Dante en la época en que Dorat volvía á florecer bajo el nombre de Demoustier; intelligen-

cia de vasto vuelo, que tenía á la vez un ala en la tragedia primitiva y otra en la comedia revolucionaria, que por *Agamenon* llega al poeta de *Prometeo*, y al poeta de *Figaro* por *Pinto*.

A primera vista, señores, parece que el derecho de crítica descuella naturalmente del derecho de apología. La vista humana — ¿será perfeccion? ¿será enfermedad? — está hecha de tal modo que siempre va buscando el lado defectuoso de todo. Boileau no alabó á Molière sin restriccion. ¿Redunda esto en honor de Boileau? Lo ignoro, pero ello es así. Doscientos treinta años hace que el astrónomo Juan Fabricius encontró manchas en el sol; 2200 que el gramático Zoilo las encontró en Homero. Parece, pues, que yo podría aquí, sin ofender vuestros usos y sin faltar á la respetable Memoria que se me ha confiado, mezclar algunos reproches en mis alabanzas y tomar ciertas conservadoras precauciones en interés del arte. No lo haré, sin embargo, señores. Y vosotros mismos, al reflexionar que si por casualidad yo, que necesariamente he de ser fiel á convicciones proclamadas muy alto durante toda mi vida, articulase una restriccion respecto de M. Lemercier, esa restriccion se dirigiria tal vez principalmente sobre un punto delicado y supremo, sobre la condicion que, segun yo, abre ó cierra á los escritores las puertas del porvenir; es decir, sobre el estilo. Al pensar esto no dudo, señores, que comprendereis mi reserva y aprobareis mi silencio. Además, segun decía al empezar, y deberé repetirlo en este momento sobre todo,